

Redes Sociales y Activismo Feminista

Por Luisa Velázquez Herrera en construcción colectiva con Lesboterroristas

En la historia escrita en libros y que nos han hecho aprender, el patriarcado nos ha negado la presencia a las mujeres, son ellos y solo ellos, los hombres, los varones, quienes aparecen como sujetos y hasta como héroes, aunque nosotras también estuvimos. En palabras de la lesbofeminista Selene Romero, “incluso desde las propuestas historiográficas de la historia desde abajo, los hombres son los agentes de historicidad”, es decir, nosotras no somos mencionadas ni reconocidas en esa historia que nos insisten, haría comprendernos situadas en este tiempo y en este espacio, aunque no estén las historias de nuestras ancestras, y que además, cuando llegan a estar, nos la han venido a presentar como “diarios personales” o “literatura femenina”, como despectivamente llaman; es decir, como un “anecdotario secundario y personal” que asegura la cultura patriarcal –que encarnan diferentes personas– “poco entiende de teorías y grandes momentos de la historia”.

Esto no es casual, la privación histórica de los medios de producción por parte de los hombres hacia las mujeres, ha permitido esta explotación velada y actual que conocemos como patriarcado, o más bien, como heteropatriarcado, para quienes miramos en la heterosexualidad un régimen político, pilar del patriarcado. Análisis sin el cual no podríamos terminar de analizar y crear alternativas a las opresiones impuestas, porque es a través de ese sistema heterosexual que las diferentes corporalidades que habitamos el mundo, somos normadas, pero sobre todo, es la heterosexualidad la base de la explotación hacia las mujeres, independientemente de sus gustos sexuales, porque al hablar de heteropatriarcado, no hablo de prácticas sexuales ni de “diversidad sexual”, hablo de un sistema que norma y promueve la dicotomía de género, una dicotomía donde nosotras giramos alrededor de ellos, donde nuestras vidas están supeditadas al deseo y necesidades masculinas, sistema que hace posible que al menos 7 mujeres sean asesinadas diariamente México, por el simple hecho de ser mujeres, porque para la construcción patriarcal de lo que es ser varón, las mujeres no valemos nada y pueden asesinarnos.

Y aunque las miradas feministas han tratado de recuperar a las mujeres como sujetas de historia, estos esfuerzos han tenido poco eco en la historiografía, siendo o quedando en apartados sobre género o historia de las mujeres. Una historia, por cierto, sobre las mujeres blancas, o sobre mujeres racializadas, pero vistas y leídas por las mujeres blancas. Con mujeres blancas me refiero a las mujeres que ocupan dentro del esquema de explotación, un lugar cúspide con respecto a otras mujeres, por la cantidad de privilegios que encarnan y ejercen. Así que la historia de nuestras ancestras, las letras, los pensares, su interpretación del mundo han estado fuera de esas obras, fuera de las academias, se nos ha negado la posibilidad de revisarnos como sujetas históricas.

No resulta poca cosa entonces, el acto de escribir para las mujeres, el acto de escribirnos, el acto de escribir nuestra propia historia. Si bien tomar un lápiz implica un privilegio con respecto a otras mujeres, escribir lo que una piensa y le atraviesa es un acto político, pero esto no ocurre solo por el hecho de escribir, sucede cuando nos hemos visto y comprendido como parte de los diferentes sistemas de opresión, cuando hemos comprendido que en el acto de mirarnos como sujetas que hacen historia, de reconocer el hacer de nuestras ancestras, de las compañeras y de nosotras mismas, sucede también un acto intrínseco de descolonizar la memoria, de entendernos como sujetas activas de nuestra propia historia en la historia de la humanidad, de cambiar la historia, de reescribirla y de escribirla.

Este acto de conciencia no es un acto que emana de las universidades o de los libros, sucede cuando una mujer le comparte a otra sus saberes, cuando analizamos el machismo cotidiano, cuando sabemos que algo anda mal en la escuela porque no nos permiten hacer algunas muchas cosas que ellos sí pueden hacer, como brincar u opinar, es que lo sabemos desde muy pequeñas, cuando nos quedamos a lavar la ropa de los varones hermanos porque ellos deben estudiar, cuando son ellos quienes pueden ocupar el espacio público con una simple cascarita de fútbol y nosotras no podemos caminar tranquilamente a la tiendita porque el acoso callejero es insoportable.

Pero una cosa es analizarlo y otra es escribirlo, porque escribirlo nos permite compartirlo con mujeres con las que no convivimos cotidianamente y con mujeres que habitarán otro tiempo y otro espacio. Sin embargo, no es mi propósito tampoco aminorar el tremendo legado de saberes transmitidos de forma oral entre mujeres, porque es de ahí de donde nos hemos construido, de donde parten nuestros feminismos locales, nuestros análisis de los sistemas de opresión, es de las pláticas entre las mujeres que nos antecedieron que nos hemos nutrido y trascendido, de donde provenimos, de donde se entienden nuestros feminismos locales que nos aguantan el paso día a día porque son feminismos a nuestra medida, en nuestros pies, contextos y espacio.

Sin embargo, escribimos, porque pudimos ir a la escuela, una escuela que quizá no pisaron nuestras abuelas. Además contamos con el tiempo de escribir, porque los caminos de la deconstrucción nos han traído aquí. La escritura entonces se posiciona como un ejercicio de transgresión al patriarcado, no sólo porque las condiciones materiales y simbólicas que permiten el acceso a la escritura –es decir, las herramientas para poder escribir– han sido negadas a las mujeres, sino porque pone a quien escribe –en este caso, las mujeres, a nosotras– en el centro de un sistema que nos ha obligado a mirarnos como secundarias. Las mujeres, desde el patriarcado, hemos sido construidas como marginales, periféricas, la otredad, el no-yo, jamás sujetas centrales en las historias, siempre objetos marginales en éstas.

Audre Lorde rescataba la importancia de salir del silencio en que se había confinado a las mujeres y emprender la visibilización de las historias por medio de la escritura: “Cada una de nosotras está hoy aquí porque de un modo u otro compartimos un compromiso con el lenguaje y con el poder del lenguaje, y con la recuperación de ese lenguaje que ha sido utilizado contra nosotras. En la transformación del silencio en lenguaje y en acción, es de una necesidad vital para nosotras establecer y examinar la función de esa transformación y reconocer su rol igualmente vital dentro de esa transformación”

Porque para las mujeres el acto de escribir es un acto de rebeldía ante el silencio impuesto. Escribir de manera pública es un acto político para nosotras. Pero, ¿dónde ha ocurrido esto si las grandes editoriales responden a intereses coloniales, capitalistas y patriarcales?

El internet y las redes sociales nos han facilitado ese trabajo.

Aunque parezca obvio, las tecnologías de la información y comunicación, en especial las redes sociales, están fuertemente orientadas a la escritura, aunque conjunten otras formas comunicativas como las audiovisuales. ¿Qué hacemos las feministas en las redes? Escribir nuestra historia. Se podría decir que el feminismo en redes es el acto transgresor de la escritura.

Hemos transgredido el formato privado del diario para pasar a narrarnos en público, en colectividad. Estamos compartiendo no sólo las experiencias vividas que nos nutren y nos hacen analizarnos, sino las reflexiones críticas y análisis que emanan de esas experiencias, incluso nos hemos atrevido a denunciar violencias en el ámbito público de las redes sociales, lo cual vuelve a transgredir el campo de escritura permitido para las mujeres.

El ciberfeminismo para las muchas generaciones que se comunican por redes sociales es una punta de transgresión, es una quiebre a la jerarquía patriarcal que nos impedía acceder a un espacio en la arena pública. Las anónimas hemos obtenido un nombre. Hemos tomado estrategias y las hemos aplicado para ver nuestras reflexiones compartirse, conjuntarse, debatirse. Hemos conocido feministas de otras partes del mundo con quien sin necesidad de encontrarnos en encuentros físicos, estamos construyendo nuestra historia. Al menos ese es el caso de las lesbianas de la Abya Yala, con quienes compartimos análisis cada día.

¿Cómo es posible que las mujeres se estén leyendo entre sí? ¿Qué hacen ellas sin mí, se preguntan los varones, atosigados y enérgicos porque dejan de ser el centro de nuestra historia? Es que en esto del ciberfeminismo ya les llevamos mucha ventaja. Ya tenemos nuestra propia cultura feminista en redes. Qué raro, y yo diría qué imposible, es que alguna de nosotras llegue a callar a otra compañera solo porque no leyó a tal autor, como los hombres feministólogos intelectuales creen que se hace el feminismo. Nosotras acá hemos puesto la vida, el cuerpo, la cuerpo como nos gusta llamarla, nos escuchamos y entendemos en nuestros contextos. Nos leemos con la misma seriedad que leeríamos cualquier libro de género en una biblioteca, estamos descolonizándonos a través de un medio que se perfilaba como otra herramienta del patriarcado, ¿quién iba a esperar esto de Facebook que se pensó

para compartir fotos de fiestas? ¿quién iba a esperar esto de Twitter donde se supone que compartiríamos comentarios sobre el clima?

Nosotras descubrimos que estábamos sedientas de leernos, dudamos al inicio de compartir largos textos en estados de feisbuc o muchos tuits, porque dice la gente que presume que sabe de redes sociales, que la brevedad es la clave del éxito, bueno, pues aquí no sucede así. Aquí son los estados de largos párrafos los que las feministas y las mujeres compartimos más, nos interesa leernos, nos encanta leernos, somos entusiastas de espejarnos con otras y debatirnos, para encontrarnos, articular. Será por eso que no hay ningún varón feminista que logre posicionarse desde su yo-protagónico que imparte cátedra citando autores, al menos no en mi contexto, ya nos hemos cansado de ellos, de su evangelio para volvernos a meter al corral, que está mal eso que decimos porque no lo dijo algún varón blanco occidental más en algún libro escrito en el pasado, no nos importan, estamos quebrando esa jerarquía patriarcal y nos está saliendo muy bien, vaya que sí.

Las feministas en redes sociales hemos construido nuestra propia agenda y literatura, que pasa por leer a las amigas, a las compañeras, a las desconocidas, a las de otras colectivas en sus redes sociales. Me gustaría decir que es lo mismo publicar en empresas de comunicación que tienen su columna feminista en su portal, que en redes sociales, pero no es así. Incluso esa ha sido la única manera en que la jerarquía patriarcal nos intenta seguir limitando, la columna de ese gran medio de comunicación donde de nuevo, son hombres feministólogos los que opinan sobre nosotras ante su imposibilidad de ser aceptados por esta cultura ciberfeminista bastante rebelde y reacia, en donde cualquiera de nosotras puede escribir una opinión y ser leída por las otras, sin necesidad del contacto con el editor de no sé dónde.

No es casual que ante esta embestida contra el patriarcado, las mujeres que se han posicionado como “líderes de opinión” o simplemente expresado sus ideas, experiencias y reflexiones a título personal y de manera pública se les vea constantemente como “protagónicas”, “egocéntricas”, es que volvemos aquí al punto de que el derecho al ego (al yo) está reservado para los sujetos hombres, las mujeres no tienen derecho al yo. El acto de escribir, de narrarse a una misma, está de más decirlo, la pone a una en el centro. Somos el centro de nuestras vidas.

Esto ha sido y sigue siendo castigado, como acabo de mencionar, en la sociedad patriarcal. Las implicaciones de colocarse a una misma, de colocar a las mujeres en el centro, son varias. Por un lado, la subjetividad de las mujeres (en plural) comienza a hacerse visible, a socializarse, a cobrar la importancia que siempre se nos ha negado a construirnos una historia, una memoria no ya desde los otros, desde la visión de los otros, desde la imposibilidad de vernos a partir de otros ojos que no fueran los otros, los masculinos, sino desde nosotras. Desde un nosotras en plural, nunca homogéneo, pero sí des-centrado de la visión masculina –heterosexual, blanca, occidental y etcétera– que se erige como la única, la válida, la central, la hegemónica. Un nosotras que ha elegido los muros de facebook y los tuits para hacerse visibles.

Esta puesta en escena, en circulación, de las subjetividades de las mujeres abre la puerta a una posibilidad prácticamente impensable sin la existencia de las TICs y las redes sociales, en palabras de la lesbifeminista Nadia Rosso: “la de una construcción colectiva y expansiva de una memoria histórica de las mujeres; no sólo de una historia, nuestra historia contada por nosotras y por nadie más, sino también de epistemia”. La generación de conocimiento sin las mediaciones patriarcales y capitalistas que se han impuesto también como regulación sociopolítica de los saberes legitimados, sin la mediación de la academia, por ejemplo. El hecho de que las mujeres –y no todas, es evidente decirlo, porque el acceso a la escritura y a las redes sociales sigue siendo mediado por condiciones materiales y simbólicas dependientes de la clase, de la colonialidad, de la raza y por supuesto, del género– estén pudiendo expresar, posicionar y comunicar-dialogar sobre sus vivencias, experiencias, ideas, reflexiones y saberes, colectivizarlo y así generar epistemia desde las mujeres, entre mujeres, es totalmente subversivo al sistema que está hecho precisamente para negar esta posibilidad.

De este modo, las mujeres que escriben en las redes sociales y se posicionan públicamente están transgrediendo la marginalidad y la negación de las mujeres en la historia, en la construcción misma del mundo. Están, dicho de otro modo, escribiendo su propia historia, ya sin la estricta mediación del patriarcado con todas sus instituciones, incluso a veces sin mediaciones fronterizas, lo cual permite la construcción colectiva de una memoria histórica de mujeres fuera de las lógicas de los estados-nación.

Las mujeres feministas en el ciberespacio están además haciendo esa transgresión de manera consciente, utilizando esas herramientas para posicionar discursos contrahegemónicos y para buscar y encontrar alianzas políticas más allá de las fronteras y de las imposibilidades materiales de encontrarse con otras feministas de otras regiones.

Este quiebre a la jerarquía patriarcal ha hecho posible el posicionamiento de feminismos incómodos, no se trata de ya de campañas muy bien planeadas en un departamento de publicidad, es el feminismo que nos está atravesando la vida y los días el que puede posicionarse, el que se respira, es el feminismo del conocimiento situado, es el feminismo local el que está tomando tremendo empuje en redes sociales, es el feminismo de las feministas que no miran en el feminismo solo teoría sino una ética de la existencia, es el feminismo que habla desde la piel que ha encarnado las opresiones, es el feminismo, los feminismos incómodos los que cayeron en tierra fértil en las redes sociales, quienes podían narrarse los días y contarse con otras, en esto de hacer del feminismo no unas gafas de las cuales prescindir a conveniencia, sino los ojos, las manos, los brazos, el corazón, el estómago, los oídos y las piernas con las que se anda la vida. El ciberfeminismo terminó siendo un semillero de feministas radicales, no siempre, pero más que otros espacios, sin duda. Esas feministas que pueden contar todos los días sus reflexiones de cada momento de su vida, de momentos, experiencias, situaciones, de cada respiro porque esa es su vida, una reflexión continua, una ética feminista.

De ahí resulta que de las primeras páginas en facebook que se posicionaron rápidamente fueron las Memes Feministas, por ejemplo, que son de España y que son de un feminismo radical que nos nutrió las conversaciones sin omitir criticar la colonialidad que implicaba para algunas como yo, encontrar en ellas, europeas, uno de los primeros referentes. En México tenemos a las E-cards feministas, una página de ilustraciones feministas con mensajes radicales, memes, como también se les llama. Ambas son páginas abortistas, incómodas, agresivas, intensas, imponentes, cómicas y exitosas porque todas las vimos y las leímos, porque nos gustó encontrarlas, porque tienen un mensaje ameno, porque también lo estábamos pensando. ¿En dónde más las íbamos a encontrar sin internet? Aquí no hay lugar para discursos correctos, el ciberfeminismo no tiene pena en enunciar lo que piensa, nos hemos agarrado de las redes sociales, no tenemos que pasar por un medio regulado por una empresa de comunicación para conversar con otras, creamos nuestra propia maquinaria de comunicación, esto es una oportunidad histórica, ¿por qué íbamos a desaprovecharlo? Ni locas.

El alcance que por medio de las redes sociales pueden tener los discursos feministas, en específico los radicales que normalmente no han tenido cabida ni siquiera entre otros discursos feministas que han obtenido algo de visibilidad a costo de la institucionalización, no es menor. Tampoco es casual que los feminismos radicales, los lesbofeminismos, los feminismos que no buscan la aprobación de instituciones de ningún tipo, los que incomodan, han encontrado en internet un espacio donde escribir sus historias, donde construirlas en el presente.

La construcción de saberes y de reflexiones colectivas en las redes sociales más la posibilidad de la difusión de estas formas de narrarse fuera de esquemas patriarcales no sólo ha tenido consecuencias positivas y transformadoras de las dinámicas de circulación y acceso de los saberes no hegemónicos. También ha permitido que, escudados tras el anonimato que internet permite, las personas misóginas puedan esparcir odio y violencia de manera mucho más veloz e impune. Los ataques virtuales a activistas y comunicadoras se suman a esquemas misóginos, patriarcales y racistas de pensamiento propio de una sociedad que se basa en estas opresiones y resulta un caldo de cultivo para violencias de todo tipo. Es de esperar que discursos contrahegemónicos generen resistencias porque cuestionan el orden establecido, porque cuestionan certezas y zonas de confort, cuestionan el poder y esto pocas veces es bien recibido. En el caso de la presencia de mujeres en internet, que están transgrediendo el espacio público, de feministas que están cuestionando ideologías hegemónicas, de feministas radicales que no buscan agrandar y complacer con discursos políticamente correctos, las reacciones violentas son frecuentemente atroces.

Las feministas con presencia en redes nos hemos acostumbrado a la violencia. Si bien ya vivimos en una sociedad violenta que nos trata como objetos y personas de segunda clase, ahora hemos venido a acostumbrarnos a los insultos, agresiones, amenazas de violación y de muerte que ocurren por redes sociales. Ese es el panorama de las redes sociales y el activismo feminista, como se llama este texto, por un lado, la transgresión enorme del acto de narrarnos y compartirnos en comunidad de mujeres; y en otro, el patriarcado que no baja la guardia ante

este *boom* feminista, el patriarcado encarnado en hombres de muchas condiciones y orígenes, desde el maestro de género de cierta universidad que se burla porque han encontrado nuestra ubicación en páginas de odio, el maestro de filosofía de cierta universidad prestigiosa que sostiene que las feministas promovemos odio y debemos ser limitadas pronto, hasta un montón de varones de diferentes aficiones, edades y profesiones con explícitas ganas de violar y matar a alguna feminista, son ellos nuestros agresores, son ellos quienes creen que hay una “broma” en llamarnos con insultos o desearnos la muerte, son ellos quienes jugando al intelectual nos llaman “fascistas” por expresar lo que expresamos, los que argumentan en sus salones de clase que somos un “peligro” porque “promovemos odio”, ¿narrar mi vida y mis deseos de liberación feminista es un discurso de odio? ¡Vaya, patriarcado, qué bien lo haces! Son ellos ante quienes nos estamos cuidando, los que cualquier día legitimados por un sistema de justicia misógino, animan, promueven o hasta podrían matarnos y luego quien sabe, hasta publicar nuestra foto como victoria, como ya ocurrió en un caso de otra índole, donde la foto de una médica asesinada fue publicada en sus redes.

Aquí nos trajo el feminismo, un callejón de una vecindad de clamor, fiesta y convivencia feminista, que nos saca a la calle de la inevitable realidad, que nuestra actividad feminista está condicionada a las amenazas de los machos que ven en amenazarnos de muerte un juego o una venganza que cumplir, porque ya no son el centro, porque hemos tocado el sistema patriarcal y estamos dispuestas a irlo desmantelando y eso los deja desconcertados. ¿Qué haremos ante estas amenazas que ponen el peligro nuestra integridad? Callar no es una opción, apropiarnos de más espacios, sin abandonar los ganados, sin irnos de las redes, sin abandonar lo que es resultado de la lucha de nuestras ancestras, sí que lo es. Estaremos en más espacios, cada vez más, aunque el sistema de justicia de nuestros países no nos asegure protección y debamos exigirlo con presión y pasos cuentagotas, no vamos a normalizar más la violencia en redes hacia feministas, no es así como vamos a acostumbrar a vivir, la violencia en redes es violencia y ya encontraremos forma de irnos salvaguardando sin dejar de escribir, porque el ciberfeminismo es el acto de escribir, un acto político que seguiremos haciendo.